

843
2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PQ 2499
C78
1891

Es propiedad.
Queda hecho el depó-
sito que marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID, 1891.—IMP. DE FRANCISCO G. PÉREZ
Ballesta, 9, bajo.—Teléfono 1.134

A NINON

He aquí por fin, amiga mía, aquellas narra-
ciones de nuestra juventud que te contaba en las
campañas de mi querida Provenza y que tú escu-
chabas con atención mientras seguías vagamente
con la mirada las extensas líneas azules de las
lejanas colinas.

En aquellas tardes de Mayo, á la hora en que
la tierra y el cielo se sumen lentamente en una
paz suprema, abandonaba la aldea y me dirigia
hacia los campos llenos de ribazos áridos, cubier-
tos de zarzas de enebro, surcados por riachuelos,
verdaderos torrentes en Diciembre y pequeños
arroyos en días hermosos; campos formados á
veces en algunos extremos de la llanura templada
por el Mediodía, por vastos terrenos amarillos
y rojos plantados de almendros de delgadas ra-
mas, de viejos olivos agostados ó de viñas que
arrastraban por el suelo sus cepas entrelazadas.

Pobre tierra, seca, grisácea y árida que relum-
bra á los rayos del sol, entre las feraces praderas

de la Durenza y los bosques de naranjos del litoral; te amo por tu escabrosa belleza, tus rocas escarpadas, tu tomillo y tu espliego. Existe en este valle estéril no sé qué aire candente de desolación, parece que un extraño huracán de pasión ha barrido la comarca, y que después de asolados los campos, ardientes aún, permanecen como dormidos en un último deseo. Hoy, en medio de mis selvas del Norte, cuando recuerdo con el pensamiento aquellos guijarros y aquellas arenas, siento un amor profundo por una patria severa que no es la mía. Sin duda el niño risueño y los peñascos melancólicos estaban dotados entonces de más ternura, y sin embargo, el niño hecho hombre desdeña los húmedos prados, el verdor de los campos, los grandes caminos blancuecinos y las montañas escarpadas donde su alma pura de quince años soñó sus primeros sueños.

Llegaba al campo, y cuando en medio de las tierras de labor ó sobre los ribazos de los lindes, me tendía absorto en aquella paz que bajaba desde las profundidades del cielo, al volver la cabeza te hallaba siempre muellemente recostada á mi derecha, pensativa, con la mano en la barbilla y mirándome con tus hermosos ojos. Eras el ángel de mis soledades, mi buen ángel guardián, á quien veía siempre cerca de mí, fuera cualquiera el sitio en que me hallase. Leías en mi corazón mis secretos deseos, te colocabas por todas

partes á mi lado, no podías estar donde yo no estuviera. Hoy me explico ya tu presencia constante en aquel entonces; antiguamente, sin verte venir, no me asombraba nunca de encontrar sin cesar tus limpidas miradas. No ignoraba tu fidelidad.

Tú, alma mía, me hacías más dulces las tristezas de aquellas tardes melancólicas, poseías la hermosura desolada de aquellas colinas, su palidez marmórea enrojeciéndose á los últimos rayos del sol. No sé qué pensamiento eterno elevaba tu frente y agrandaba tus ojos. Después, cuando una sonrisa pasaba sobre tus perezosos labios, hubiérase dicho, al ver reflejarse la juventud y la alegría en tu rostro, que eras el sol de Mayo que florece las plantas y reverdece sus hojas; flores y verdor de un día, arrasadas al poco tiempo por los ardientes rayos del sol de Junio. Existían entre tí y los horizontes secretas armonías que me hacían amar hasta á las piedras de los senderos. El riachuelo poseía tu voz, las estrellas tu mirada, todo sonreía con tu sonrisa, y al prestar tu gracia á la naturaleza tomabas de ella sus apasionadas severidades confundiendoos ambas. Al mirarte tenía conciencia de aquel cielo despejado, y cuando mis ojos interrogaban al valle, veía dibujarse tus suaves contornos en las ondulaciones del terreno. Al compararos nació mi loco amor, ignorando aún á quién quería más, si á mi adorada Provenza ó á mi adorada Ninon.

Cada mañana, amiga mía, experimento el deseo vehementemente de agradecerte aquellos felices días. Fuiste caritativa y dulce al amarme un poco y al vivir en la edad en que el corazón sufre al hallarse solo, entregándome el tuyo á fin de apartar de mi alma todo pesar. ¡Si tú supieras cuántas almas desgraciadas mueren de soledad! Los tiempos presentes son bien duros para esas almas privilegiadas nacidas para el amor. Yo no he conocido esas miserias, he tenido la dicha de ver á cada instante el rostro de la mujer amada. ¡Has poblado mi desierto mezclándote á mi sangre, viviendo en mi pensamiento, mientras yo, embriagado por ese amor profundo, me olvidaba de todo sintiéndote dentro de mi ser. La alegría suprema de nuestro himeneo me hizo atravesar en paz ese rudo período de los diez y seis años, en que tantos de mis compañeros dejaban hechos trizas sus corazones.

Criatura extraña, hoy que estás lejos de mi y puedo leer claro en el fondo de mi alma, encuentro un singular placer en estudiar paso á paso nuestros amores. Tú eras mujer bella y ardiente, y yo te amaba como esposo. Después, sin saber cómo, me parecías una hermana sin dejar de ser una amante. Te amaba como hermano y como amante á la par, con toda la castidad del afecto y toda la violencia del deseo. De cuando en cuando imaginábame ver en tí un compañero, una robusta inteligencia de hombre, siempre provista

del encanto del ser amado, cuyo rostro cubría de besos al mismo tiempo que estrechaba tu mano cual si fuese la de un antiguo camarada. En mi loca ternura daba tu hermoso cuerpo, al que amaba tanto, á cada uno de mis afectos; sueño divino que me hacia adorar en tí las diversas fases de tu ser en cuerpo y alma idolatradas con frenesi. Satisfacias á la vez los ardores de mi imaginación, las necesidades de mi inteligencia, realizando así el sueño de la antigua Grecia, que era el de poseer amantes y hombres al propio tiempo, dotados de las exquisitas elegancias de la forma, unidas al espíritu viril, digno de ciencia y de sabiduría. Te adoraba viendo en tí todos mis amores reunidos, admirando tu belleza superior á todos los sueños de mi imaginación. Cuando oprimía entre mis brazos tu esbelto talle, contemplaba tu dulce rostro de niña y adivinaba tu pensamiento fundido con el mío, gozaba en absoluto de esa voluptuosidad indescriptible, inútilmente buscada en las antiguas edades, y que consiste en poseer á una criatura con todas las sensaciones de la carne, todos los afectos del corazón y todas las facultades de la inteligencia.

Llegaba al campo. Echado en el suelo, apoyando tu cabeza en mi pecho, te hablaba largas horas fijando mi vista en la inmensidad de tus azules ojos; te hablaba sin fijeza, según mi capricho del momento, ya inclinándome hacia ti como para mecerte en mis brazos, cual si fueses

una niña mimada que no quiere dormirse más que al eco de cuentos y reproches cariñosos, ya apoyando mis labios sobre los tuyos refería á la mujer amada las pasiones de las hadas ó las encantadoras ternezas de dos enamorados. Con frecuencia, los días en que sufría por la necia malignidad de mis compañeros (días cuyo conjunto constituye la época de mi juventud), oprimiendo tu mano con la ironía en los labios y la duda en el corazón, me quejaba á mi hermano de las miserias de este mundo en algún satírico cuento lleno de lágrimas. Tú, plegándote á todos mis caprichos, eras mujer, esposa, niña sencilla, prometida adorada, hermano consolador. Oías mi lenguaje sin responder jamás; me escuchabas, dejándome leer en tus ojos las emociones, las alegrías y las tristezas de mis relatos; te abría mi alma entera, deseosa de no ocultarte nada, sin tratarte como á una de esas mujeres vulgares, ante las cuales sus amantes pesan y miden los pensamientos. Me entregaba á ti por completo, sin parar mientes en mis discursos. ¡Cuántas horas de charlas, de historias extrañas, hijas sólo de los ensueños, pasamos de este modo! ¡cuántos relatos deshilvanados surgidos al azar de nuestro excitado cerebro, y cuyos únicos episodios notables eran nuestros ardientes besos! Si algún caminante nos hubiera espiado por la noche tras una roca, ¡cuán inmensa sorpresa fuera la suya al escuchar mis libres frases perfectamente com-

prendidas por ti, mi niña inocente, mi mujer adorada, mi hermano protector!

¡Ay de mí! ¡aquellas hermosas noches no volverán! Llegó el día de la separación, y al alejarme de tí abandoné también los campos de Provenza. ¿Te acuerdas, hermosa mía? Nos despedimos una tarde de otoño al borde del riachuelo; los deshojados árboles permitían ver más vastos horizontes; el campo, á tan avanzada hora, cubierto de hojas secas, húmedo por las pasadas lluvias, se extendía negro ante nuestra vista con grandes manchas amarillas como un inmenso pedazo de paño burdo; borrábanse del cielo los últimos rayos del sol y avanzaba la noche amenazadora de brumas, noche sombría predecesora de un alba desconocida. Mi vida era fiel espejo de aquel cielo de otoño; el astro de mi juventud iba á desaparecer, y la noche del tiempo avanzaba ocultando mi futuro porvenir. Estaba hambriento de conocer la realidad, estaba cansado de soñar, de los sencillos goces del campo, de la primavera, de tu tranquilo amor, vida mía, que rechazaba mis arrebatos y sólo podía ante mis lágrimas sonreír con tristeza. Nuestros amores ideales acababan; habían tenido, como todo en este mundo, su época fija. Al comprender que mi amor moría, fué cuando me dirigí al borde del arroyuelo, al agostado campo, para darte mi último beso de despedida. ¡Oh, qué poética y triste noche! Besé tu pálida faz de moribunda, intenté

por vez postrera devolverte la poderosa energía de tus días felices, y no pude, porque reflexioné que era yo mismo tu verdugo. Te vi en mi imaginación más alta que mi cuerpo, más alta que mi corazón, y te contemplé como un recuerdo.

Pronto hará siete años que te abandoné; pero desde aquel día, lo mismo en mis dichas que en mis penas, he escuchado á menudo tu voz, la voz cariñosa de aquel recuerdo que quería expresar otra vez los cuentos de nuestras noches de Provenza.

No sé qué eco de aquellas rocas sonoras repercute en mi corazón; lejos de mí, me diriges desde tu destierro súplicas tan tiernas, que me parece oírlas en el fondo de mi ser, y el dulce estremecimiento que dejan en nosotros las voluptuosidades pasadas me convida á ceder á tu deseo. ¡Pobre sombra desaparecida! ¡Si deben consolarte mis viejas historias en la soledad donde viven los queridos fantasmas de nuestros sueños desvanecidos, yo mismo encontraré tranquilidad oyéndome hablarte como en los días de nuestra juventud!

Accedo á tus súplicas y voy á repetir uno á uno los cuentos de nuestros amores; no todos, porque hay algunos que no podrían contarse por segunda vez, habiéndolos marchitado el sol desde su nacimiento, como flores delicadas y demasiado sencillas para soportar tanta claridad, sino aquellos de vida más robusta y de los que la me-

moria humana, máquina grosera, puede guardar el recuerdo.

Grandes penas voy á soportar, pues confiar nuestras conversaciones al viento que pasa, es violar el secreto de nuestra ternura, y los amantes indiscretos se ven castigados en este mundo por la indiferente frialdad de sus confidentes. Una esperanza abrigo: la de que no existirá una sola persona en ese país, que tenga la tentación de leer nuestras historias; está demasiado ocupado nuestro siglo para detenerse á escuchar la charla de dos amantes desconocidos. Mis efímeras hojas pasarán sin ruido entre la multitud y llegarán á tí vírgenes todavía. Pudiendo expresar mis ideas á mi gusto, iré, como otras veces, al acaso, sin cuidarme de los senderos que recorra; me leerás tú sola y yo sé con cuánta indulgencia.

Y ahora, Ninon, que he satisfecho tus deseos y que te remito mis cuentos, no alces tu voz dentro de mí, aquella voz del recuerdo que hace subir lágrimas á mis ojos. Deja latir en paz mi corazón, que tiene necesidad de reposo, no vengas en mis días de lucha á entristecerme recordándome nuestras noches perezosas; y si te hace falta una promesa, yo me comprometo á amarte todavía, más tarde, cuando yo haya buscado en vano otras amantes en este mundo y mi corazón vuelva á sus primeros amores. Entonces volveré á Provenza, te encontraré á la orilla del río, y cuando vuelva el invierno melancólico y triste

con su cielo claro y la tierra llena de las esperanzas de la futura cosecha, nos adoraremos en aquella nueva estación, reanudaremos nuestras noches tranquilas en nuestra querida campiña y acabaremos nuestro sueño.

Espérame, alma mía, visión ideal, amante del niño y del viejo.

EMILIO ZOLA.

SIMPLICIO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RIVERA"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO